ALEGRÍA Y RISA EN MIGUEL HERNÁNDEZ: UN MITO POÉTICO PERSONAL

José Antonio Torregrosa Díaz

La vida y la obra de Miguel Hernández se saben recorridas por elementos emotivos, aflictivos, cuando no luctuosos: los poemas dolientes de *El rayo que no cesa*, las circunstancias bélicas, la cárcel, el patetismo de su muerte. Él mismo escribió:

> Yo nací en mala luna.
> Tengo la pena de una sola pena
> que vale más que toda la alegría ("Me sobra el corazón")[1].

Y remató un conocido soneto de *El rayo que no cesa* ("Umbrío por la pena, casi bruno") con este verso: "¡cuánto penar para morirse uno!".

Y aun así, ni los treinta y un años y cinco meses que vivió el poeta fueron una ininterrumpida sucesión de desgracias, ni su poesía es, *toda* y *siempre*, reflejo de angustiosas vivencias personales.

No estoy negando, en absoluto, la enorme vinculación que hay entre su vida y sus escritos. ¿Cómo podría negarlo nadie ante poemas como "Sonreídme", ante su poesía civil o ante los estremecedores poemas que reflejan el dolor de un padre herido por la muerte de su primer hijo, lastimado por las penurias que pasan su esposa y su segundo hijo, afligido por la amargura de verse en la cárcel? Estoy diciendo, llanamente, que considero un error interpretar por la vía notarial *todos* los poemas que escribió Hernández, porque lo autobiográfico está muchas veces contaminado y desteñido por las convenciones artísticas y literarias de la tradición cultural. Y ello obliga a poner en su justo término la intensidad real del sufrimiento que muestran algunos poemas, especialmente los de asunto amoroso, deudores de una tradición petrarquista que hermana amor y muerte.

1. Las citas de la poesía y del epistolario de Miguel Hernández se harán siempre a través de la *Obra Completa*, edición de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira con la colaboración de Carmen Alemany, Madrid, Espasa-Calpe, 1992. En adelante tales citas aparecerán sin nota al pie, pues resultan muy fácilmente localizables, bien en el índice de títulos y de primeros versos, bien en la cronología de las cartas.

Por otro lado, la vida de Miguel Hernández conoció momentos gozosos, e incluso fue capaz de sobrellevar con alguna dosis de humor circunstancias bien tristes y llenas de desesperación.

En su epistolario encontramos abundantes fragmentos jocosos, llenos de gracia y regocijo, reflejo de vivencias joviales. Pero también nos sobresaltan testimonios estremecedores que son trozos desgajados de una vida en ruinas. Unos y otros son caras distintas de una misma realidad, verdaderas las dos[2].

Alegría, sonrisa y risa literarias

Resulta paradójico (y la paradoja acompañará este trabajo) que la imagen popular del poeta, entre llanto y desdicha, se halle tan lejos de ese hombre espontáneo y vivaz, de natural alegre, que retrataron algunos de sus contemporáneos. En las siguientes páginas me propongo un acercamiento a la sonrisa, la risa y la alegría en la obra poética del escritor oriolano. Es un tema que, hasta donde yo sé, no ha tenido tratamiento hasta ahora: la sombra trágica del autor ha hecho buenas las palabras que el filósofo Henri Bergson enunciaba en su obra canónica: no hay mayor enemigo de la risa que la emoción[3]. Y la validez de esta máxima acaso ha frenado en críticos y biógrafos ese acercamiento complementario. E incluso no sé si a lectores devotos del poeta pudiera, de antemano, resultarles irreverente este nuevo enfoque. Por otra parte, desde antiguo la risa ha sido asociada a lo feo, a lo deforme, desproporcionado y grotesco y, consecuentemente, a las clases inferiores, que tenían en la comedia un género a su medida. El ciudadano *honorable* se investía de gravedad y rechazaba lo carnavalesco[4]. Podremos decir que hoy, desde luego, no compartimos tal manera de pensar. Pero aún conservamos reliquias de esa herencia antigua: es un hecho que el dolor, el sufrimiento y la tristeza todavía se arrogan más *prestigio* artístico que la risa y la alegría. Y ello a pesar de la frecuencia con que es citada la idea aristotélica de que la risa caracteriza al hombre frente a los animales[5].

2. En la "Canción primera" de *El hombre acecha*, Miguel Hernández establece esa doble cara del ser humano: "El animal que canta,/ el animal que puede/ llorar y echar raíces".
3. Henri Bergson, *La risa. Ensayo sobre la significación de lo cómico*, Buenos Aires, Losada, 1962 (4º ed.), p. 13.
4. Es conocida la doctrina desde *La República* de Platón: "Es inaceptable que se presente a hombres de valía dominados por la risa y mucho menos si se trata de dioses". Para Aristóteles (*Poética*): "La comedia es imitación de hombres inferiores, pero no en toda la extensión del vicio, sino que lo risible es parte de lo feo". En cuanto a la risa como fenómeno popular, interesa el clásico estudio de Mijail Bajtin, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Madrid, Alianza, col. Alianza Universidad, 1987.
5. Aristóteles: *De las partes de los animales*, III, 10. Una formulación más cercana y muchas veces recordada es la que Rabelais nos deja en el prefacio "a los lectores" de *Gargantúa y Pantagruel*: "Mieulx est de ris que de larmes escripre, / Pour ce que rire est le propre de l'homme", expresión que toma Duvignaud para su libro sobre el tema: *Le propre de l'homme. Histoires du comique et de la dérision*, Hachette,1985.

Los teóricos de la risa se han ocupado, mayoritariamente, de "la significación de lo cómico", para emplear el subtítulo del libro de Bergson. El mismo Freud consideraba la risa como la restauración de un placer perdido, en tanto que con ella abandonamos la rigidez lógica del mundo de los adultos y a partir de una comicidad emparentada con lo disparatado nos devolvemos al territorio placentero del juego y de la infancia. Volver a ser niño es recuperar la risa placentera.

Adelanto ya que el objetivo de mi análisis -un primer acercamiento al tema- no es la comicidad ni la risa festiva o carnavalesca. Incluso aparecerán en las siguientes páginas sonrisas y risas vinculadas muy estrechamente con la tristeza. La obra de Hernández, además, no abunda en elementos cómicos (algún poema como "A todos los oriolanos", chispazos humorísticos y vanguardistas en el ciclo de *Perito en lunas*, pasajes de *La Tragedia de Calisto*, algún brote en *El torero más valiente* y en *El labrador de más aire...*). Mucho más abundantes, como he dicho, son las expansiones humorísticas del hombre que fue Miguel Hernández, documentadas en su epistolario y confirmadas por los testimonios de su esposa, Josefina Manresa, y de otros amigos cercanos. Convendría que alguna vez se llevase a cabo un análisis de esos desahogos (dicha sea la palabra también en un sentido psicoanalítico), porque nos ayudarían a perfilar más atinadamente la personalidad del poeta. De momento, atenderé lo estrictamente literario para centrarme en una determinada representación hernandiana de la vida, presente en su obra poética a través de la alegría y la esperanza como valores que se imponen casi siempre a las sombras del desaliento. La alegría, la sonrisa o la risa se convierten en aspectos muy relevantes y, por su recurrencia, configuran una personal manera de encarar las diferentes experiencias del vivir. Lo gozoso aparece en muchos versos, bien como mera metáfora, bien como una manera resplandeciente y jovial de entender el mundo, bien como máscara de profundas desdichas.

La risa de la superioridad

Solo unos pocos poemas presentan la risa hostil del escarnio, a veces incluso para esconder actitudes o sentimientos viles (como *ríe* el Deseo en la parte segunda de *Quién te ha visto y quién te ve*, obra teatral de 1933) y se transforma en burla. En "Sueños dorados" (1930), un joven músico que se ve arrastrado por sueños de gloria y placeres marcha a la ciudad, pero una vez allí viene el desengaño:

...La ciudad de repente
columbró con sus risas de mujer complaciente;
se acercó; y en sus sombras pronto vínose a hundir.
Con su flauta, imitando cantos de aves y brisas,
despertando en las gentes solo burlas y risas,
recorría las calles de la maga ciudad...

Por eso el juicio negativo que al poeta le merece la ciudad lo expresará, precisamente, con risa despreciativa: "¡Rascacielos!: ¡qué risa!: ¡rascaleches!" ("El silbo de afirmación en la aldea"). En "Exequias-a mi canario", comentará sobre la muerte del pájaro:

De amor por mí, personas: Sí, reíros,
de amor por mí se ha muerto.

Y en "Las abarcas desiertas":

Toda gente de trono,
toda gente de botas
se rio con encono
de mis abarcas rotas.

Estos casos de risa agresiva y ridiculizadora, los únicos emparentados con la comicidad que hallamos en la poesía de Miguel Hernández, ejemplifican modelos definidos desde antiguo. Los hallamos ya en el diálogo platónico *Filebo*; Thomas Hobbes expuso este tipo de comicidad hiriente en *Leviatan* (1651) y modernamente es defendido como la más importante forma de humor por Charles R. Gruner[6], y han dado pie a la muy divulgada "teoría de la superioridad": el humor no es inocente, quien ríe encuentra un vicio, defecto o debilidad en el objeto de la risa, y con su menosprecio se muestra superior.

La risa originaria: pureza

De manera mayoritaria, la alegría, la sonrisa y la risa se vinculan en la poesía hernandiana con experiencias amables de exaltación y plenitud. La sonrisa y la risa son elementos que, sobre todo en su poesía anterior a la madurez, poseen la virtud pura de las cosas naturales y primigenias. La sonrisa

6. Véase, por ejemplo: Charles R. Gruner *Understanding Laughter: the Workings of Wit and Humor*, Chicago, Nelson-Hall, 1978; y *The game of humor, a comprehensive theory why we laugh*, New Brunswick N. J., Transaction, 1997.

nos devuelve a la pureza primitiva y transparente de la creación. Lo vemos en el poema "Égloga-nudista":

Desnudos: se comienza
de nuevo la creación y la sonrisa,
sin vicio ni vergüenza
íntimamente unidos con la brisa.

Con la desnudez desinhibida, el ser humano regresa a los primeros tiempos de la creación. Asistimos, parece, a una cosmogonía, al nacimiento de un mundo paradisíaco del que está ausente el mal y en el que la sonrisa vincula a los seres al origen. Georges Minois ofrece múltiples testimonios que asocian la risa a la divinidad. Los dioses antiguos reían y la risa intervenía en innumerables rituales sagrados. Y un papiro egipcio del siglo III d.C., conservado en Leiden, atribuye la creación del mundo a la risa de un Dios[7], mito cosmicómico que explicaría, como residuo, la sonrisa y la pureza del primer día. ¿Conocía Miguel Hernández estas leyendas? Muy probablemente, no, pero el valor natural y primigenio que otorga a la sonrisa atestigua un atavismo natural y remoto.

Con la misma idea, en "Égloga-menor" se alaba de una mujer su "sonrisa no urbana". Y de esa misma mujer se destaca su pureza inmaculada, casta e ingenua, cualidades vertidas a través de su risa franca, pero de enorme atractivo sensual, como ocurre en el poema "Sed..." (1930):

Me acerco con un saludo
a su vera, y ríe pura,
dejando ver en el nudo
rojo de su boca, el mudo
verso de su dentadura.
...
La moza no lo comprende:
sonriendo casta está,
y ella es la que sed me da
porque ella es la que me enciende.

7. Citado por S. Reinach, «Le rire rituel», en *Cultes, Mythes et religions*, Paris, 1908, pp. 112-113. En diferentes «golpes» de risa, Dios creó primero siete dioses para que gobernaran el mundo, después creó la luz, las aguas, el destino, el tiempo y así hasta crear finalmente el alma. Siempre a través de la carcajada. Sobre la risa cosmogónica, véase Octavio Paz, «Risa y penitencia», en *Los signos en rotación y otros ensayos*, Madrid, Alianza Editorial, 1971, pp. 15-32.

La risa, vida en plenitud

La plenitud de la vida, la plenitud de los seres y las cosas, se encarna a través de la risa. Lo expresa Miguel Hernández desde su poesía juvenil (alrededor de 1930), bajo la influencia mimética de modelos reconocibles. En el poema "Amorosa", exhorta, a la manera de Horacio, a una joven para que viva plenamente una juventud entregada al amor: "Ama, hoy que en tu boca canta la risa". Y en "Balada de la juventud", la juventud presenta ante el poeta una larga enumeración de sus encantos, entre ellos empapar "las noches sombrías / de encantos, de risas, de besos, ¡de amor!". Y el poeta concluye:

> Al oírla [a la juventud], a mis ojos un mundo risueño
> vi abrirse, a mis plantas hallé dichas mil...

Si la juventud es la lozanía de los cuerpos y la juventud es risa, por traslación a una barraca abandonada y en decadencia le podrá decir, recordando su pasado floreciente, su juventud: "acude a mi mente tu tiempo risueño" ("El alma de la huerta").

Todo el esplendor de la naturaleza se contempla bajo la imagen de la risa o la sonrisa. El verdor de los sembrados será "risueño" ("¡Marzo viene...!"), el murmullo del río cobra su perfecta metáfora en las "tintíneas risas" de sus aguas ("Plegaria"), y de hecho, cuando el poeta regresa con su ganado al atardecer, se queda arrobado contemplando "la margen risosa del buen segura/ que murmura palabras de dulce amigo" ("Atardecer").

Las canciones que el poeta dedica a la Virgen son

> lirios que brotan sobre el barbecho;
> sanos botones
> que estallan riendo ("Plegaria").

En "Motivos de leyenda", el moro Hixem en busca de su bella enamorada se encamina "al fragante y risueño jardín". Con la misma imagen, el mes de mayo se evoca a través de sus noches bonancibles:

> ¡Oh, noche de Mayo..! Noche maga y bruna,
> cálida y risueña ("Horizontes de Mayo").

Y en "La bendita tierra" el poeta, postrado en cama por unas fiebres, se pregunta, remedando a Antonio Machado, por el paisaje de su huerta:

¿Trovan las aves cancioneras?
¿Ríe la acequia, copia el río?

Por eso cuando escasea el agua que alimenta esa naturaleza feraz, Hernández podrá decir, como en "El silbo de la sequía", que "no se ve una sonrisa de frescura/ en medio mundo, un símbolo del agua".

Del mismo modo que el medio natural ríe cuando alcanza su esplendor, cualquier instrumento que el ser humano emplea, ríe cuando ofrece su desarrollo pleno. En "Sueños dorados", el músico que anhela la gloria, vaga por las calles de la ciudad "reír haciendo la flauta de enmohecido metal". O ríen las hachas cuando incendiariamente, en un poema ya de madurez ("Alba de hachas"), "talan bosques y conventos" y lo hacen "ferozmente risueñas".

La alegría y la sonrisa de los amigos

Henri Bergson hizo ver la función socializadora de la risa. "La risa necesita de un eco"[8], escribía. A su vez la sonrisa social es el gesto benigno de aproximación a nuestros semejantes. Cuando alguien nos devuelve la sonrisa que le enviamos queda fraguada una *sympathia* igualadora y benevolente. Por eso Miguel Hernández, al proclamar que ha hecho suya la causa de los hombres sencillos como él, pide a los demás una sonrisa de acogida hacia su persona ("Sonreídme"):

Sonreídme, que voy
a donde estáis vosotros los de siempre,
los que cubrís de espigas y racimos la boca del que nos escupe.

Este poema de 1935, que marca un hito en la trayectoria poética del autor, supone el ingreso de este en una colectividad -"compañía de relativo barro"- cuyos miembros, hermanados por el mismo origen, parejas amarguras y aspiraciones afines, se saludan y se igualan a través de la sonrisa.

Pero dentro de ese grupo oceánico y anónimo de seres humanos, resaltan, en poemas escritos entre 1935 y 1937, los afectos dirigidos hacia los amigos reconocibles y cercanos, que son evocados con el atributo cordial de la sonrisa. En la "Oda entre sangre y vino a Pablo Neruda", dirá del escritor chileno:

De corazón cargado, no de espaldas,
con una comitiva de sonrisas
llegas entre apariencias de océano...

8. *La risa. Ensayo sobre la significación de lo cómico...*, cit. p. 14.

La sonrisa de Delia del Carril aparece con una bella metáfora:

No encontraréis a Delia sino muy repartida como el pan de los pobres
detrás de una ventana besable: su sonrisa ("Relación que dedico a mi amiga Delia").

A García Lorca lo recuerda alegre y sonriente en la elegía a él dedicada:

Tu agitada alegría,
que agitaba columnas y alfileres ("Elegía primera").

Y en la "Elegía a Pablo de la Torriente": "Miradlo sonriendo a los terrones". En ese mismo poema nombra Hernández a *El Campesino*, Valentín González, quien " se viste emocionado de alegría/ para robustecer el río de tu entierro".

Y de "Pasionaria" proclamará:
Dan ganas de besar los pies y la sonrisa
a esta herida española.

Alegría y sonrisa consolatorias

En bastantes poemas que muestran el dolor o la adversidad, Hernández dota a la alegría de una clara función lenitiva y consolatoria. Desde antiguo, la tradición literaria y filosófica de las consolaciones (Cicerón, Séneca, Boecio; nuestra literatura medieval...) se ha centrado en ofrecer recomendaciones para confortar el alma y apaciguar el sufrimiento. Las armas de la razón combaten la pesadumbre de los hechos inexorables como la muerte de los seres cercanos o la de uno mismo (*consolatio mortis*). También la pérdida de los bienes materiales y los vaivenes tempestuosos anejos a la condición humana (desdichas diversas, destierro, cárcel...). La consideración de la vanidad del mundo, la fugacidad del tiempo, el reconocimiento de la inestabilidad de la fortuna y la certeza de que todo lo terreno es solo un préstamo temporal recibido por el hombre son argumentos de que el sabio verdadero se dota para resistir con ánimo igual los embates del destino.

El género de la elegía propicia, junto a la aparición obvia de referencias funerales, junto a la manifestación del natural *desconsuelo* del autor, la inclusión a veces de aspectos atenuadores de esa realidad inapelable que es el hecho aflictivo de la muerte de un ser querido. Algo de esto encontramos en la "Elegía" dedicada por Miguel Hernández a Ramón Sijé. El desgarro afectivo de la muerte del amigo encuentra en los tercetos finales del poema una dulce consolación, una suave serenidad asistida por el ensueño ilusorio de que Sijé

se reencarnará en la venidera floración de la naturaleza, a cuyo ciclo fecundo habrá contribuido su cuerpo muerto que estercola la tierra. Completado ese ciclo, el alma de Sijé será parte de las flores que lucen en los balcones ("altos andamios"); también estará en las que adornan las rejas de las ventanas, testigos de los galanteos "de los enamorados labradores". Cuando eso suceda, la alegría retornará al afligido poeta: "alegrarás la sombra de mis cejas". Se trata de una figuración balsámica alusiva a un futuro cercano y esperanzador -*alegre*- que el mismo Hernández alumbra como refugio de tanto pesar: un hermoso conjuro de la tristeza[9].

Pero al margen de la "Elegía", poema señero dentro de la obra hernandiana, hay un conjunto de poemas de guerra en los que los elementos alegres y risueños pretenden infundir un aliento estimulante a los soldados de la República en un momento dramático de la Historia. En muchos casos, sobre todo cuando se trata de menospreciar las adversidades, asistimos a bellas mentiras que mitigan el sufrimiento de los combatientes.

En "Nuestra juventud no muere", los héroes de la guerra caen "victoriosamente sonriendo". Y de ellos se ha de aprender en "Canto de independencia":

> aprende a ser un hombre bien clavado en el barro,
> lo mismo que estos hombres que mueren encendiendo
> la mecha, la sonrisa, la muerte y el cigarro.

La sonrisa es compañera de la valentía y de la resistencia, valores que el poeta tiene que exaltar con su palabra poética. Así en "Campesino de España":

> Vencedores seremos,
> porque somos titanes
> sonriendo a las balas
> y gritando *¡Adelante!*

En "Ceniciento Mussolini", los soldados que defienden la República vencen las penalidades, como la sed, resistiendo precisamente con la sonrisa:

> de no beber la boca dilatada,
> mas vencida la sed con la sonrisa.

9. Desarrollo este asunto con más detalle en mi artículo "Elegía a Ramón Sijé: Claves para una lectura literal", *Letras de Deusto*, XL, 126, 2010, pp. 159-181.

A los "Oficiales de la VI División" les pide:

Sed, por encima de los meridianos,
las latitudes y los hemisferios,
las ametralladoras y los planos,
hombres alegres, pero yunques serios.

La resistencia de la ciudad de "Madrid" es personificada justamente en la sonrisa:

Una ciudad dedicada a la brisa,
ante las malas pasiones despiertas
abre sus puertas como una sonrisa:
cierra sus puertas.
(...)
Una sonrisa que va esperanzada
desde el principio del alma a la boca,
pinta de rojo feliz tu fachada,
gran ciudad loca.
Esa sonrisa jamás anochece:
y es matutina con tanto heroísmo,
que en las tinieblas azulmente crece
como un abismo.

A pesar de ser universales, la alegría y la risa pueden ser cualidades particularmente arraigadas en alguno de esos pueblos a los que el poeta se dirige para pedir su esfuerzo y sacrificio: "Valencianos de alegría", clamará en "Vientos del pueblo me llevan"[10]. Y en ese mismo poema aparece alegre la primera persona haciendo frente al destino:

Cantando espero a la muerte,
que hay ruiseñores que cantan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas.

Pero el poema que en esos tiempos sombríos de guerra intenta transmitir optimismo y fuerzas a los hombres de media España es, por antonomasia, "Juramento de la alegría":

10. Años antes, en su juvenil "Canto a Valencia" (1931) leemos: "...recios labradores/ que cantan con primor de ruiseñores/ y ríen con estrépitos de tracas".

Desaparece la tristeza, el día
devorador, el marchitado tallo,
cuando, avasalladora llamarada,
galopa la alegría en un caballo
igual que una bandera desbocada.
(...)
Avanza la alegría derrumbando montañas
y las bocas avanzan como escudos.
Se levanta la risa, se caen las telarañas
ante el chorro potente de los dientes desnudos.
La alegría es un huerto del corazón con mares
que a los hombres invaden de rugidos,
que a las mujeres muerden de collares
y a la piel de relámpagos transidos.
Alegraos por fin los carcomidos,
los desplomados bajo la tristeza:
salid de los vivientes ataúdes,
sacad de entre las piernas la cabeza,
caed en la alegría como grandes taludes.

Igual optimismo intenta infundir el poema "El herido", de *El hombre acecha*, a aquellos soldados que han derramado su sangre defendiendo un ideal y ahora se encuentran disminuidos en un hospital de campaña. En esos momentos dramáticos de desánimo, escribe Hernández para ellos otra nueva consolación, una nueva, bella y poética mudanza de la realidad con la que aliviar el dolor y la aflicción:

Si hasta los hospitales se va con alegría,
se convierten en huertos de heridas entreabiertas,
de adelfos florecidos ante la cirugía
de ensangrentadas puertas[11].

11. Por supuesto, la literatura consolatoria hernandiana no se circunscribe al tema de la alegría y la risa. Sería fácil espigar entre su obra -prosa y verso- material para un estudio más amplio. Recordemos solamente cómo dulcifica las consecuencias del terrible accidente que sufrió la miliciana Rosario Sánchez Mora, "Rosario, dinamitera": "¡Bien conoció el enemigo/ la mano de esta doncella,/ que hoy no es mano porque de ella,/ que ni un solo dedo agita,/ se prendó la dinamita/ y la convirtió en estrella!". Y cómo son consolados, en *Pastor de la muerte*, los padres y a las madres que han perdido hijos en la guerra: "No lloréis, porque yo os digo/ que encontraréis el sabor/ de vuestro hijo mejor/ en el venidero trigo./ No gimáis, porque os espera/ la vida que el hijo ha dado/ en el próximo sembrado,/ en la siega venidera".

Marie Chevalier se ha mostrado muy crítica con lo que llama la "mentira de la alegría" en los textos hernandianos de guerra (incluidos sus numerosos escritos periodísticos). Los considera producto de una propaganda bélica, en ocasiones irracional por la exaltación del combate y la muerte mediante "exageradas imágenes" y evidentes falsedades. El poeta, dice, es víctima de su paradoja: se ve obligado a vivir a diario la experiencia de la guerra y tiene que construir, también a diario, las bases de la alegría con que afrontarla[12].

In tristitia hilaris

Y es que comedia y tragedia viven muy cerca en este mundo. Lo exponía Giordano Bruno en una comedia de ambiente napolitano: *Candelaio* (1582). Y lo hacía con una formulación lapidaria: *In tristitia hilaris, in hilaritate tristis*: "alegre en la tristeza, triste en la alegría". No hay una separación radical de contrarios, sino, muchas veces, amalgama y convivencia en un espacio común: Demócrito y Heráclito necesariamente armonizados en una sabia ponderación de los estados de ánimo que configuran el alma. La paradoja de la existencia revive en este de poema del ciclo de *Cancionero y romancero de ausencias*:

Sonreír con la alegre tristeza del olivo.
Esperar. No cansarse de esperar la alegría.
Sonriamos. Doremos la luz de cada día
en esta alegre y triste vanidad del ser vivo.

Escribe Peter Berger que "la sonrisa es [...] la forma suprema de la risa, porque con ella el sujeto expresa su libertad y su autodominio"[13]. Cuando Hernández escribe el poema carcelario "Antes del odio" (*Cancionero y romancero de* ausencias) deja bien claro, no solo que se sobrepone a las dolorosas circunstancias de la prisión, sino que está por encima de ellas:

Porque dentro de la triste
guirnalda del eslabón,
del sabor a carcelero
constante, y a paredón,
y a precipicio en acecho,
alto, alegre, libre soy.
Alto, alegre, libre, libre,
sólo por amor.

12. Marie Chevalier, *Los temas poéticos de Miguel Hernández*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 254 y ss.
13. Peter Berger, *La risa redentora. La dimensión cómica de la experiencia humana*, Barcelona, Kairós, 1997, p. 73.

Y con el verso"¿Quién encierra una sonrisa?", del mismo poema, establece con imperio la realidad profunda -y no aparente- de su situación: no hay cárcel poderosa para él. La conciencia de la superioridad moral origina la alegría y la sonrisa del prisionero y explica la paradoja de su sentimiento de libertad.

Miguel Hernández llevó a su vida la máxima de Bruno, mostrando un espíritu alegre incluso durante su encarcelamiento, y ese carácter jovial sirvió para ayudar a una desesperanzada Josefina[14].

La sonrisa, máscara del dolor

Si la sonrisa es capaz de delatar recónditas intenciones, también posee la facultad de enmascarar el dolor y el sufrimiento. Se trata de un motivo literario antiguo. En tanto que *El rayo que no cesa* ha sido considerado en ocasiones como una especie de cancionero amoroso a la manera petrarquista, podemos citar los versos de Petrarca en el poema CII de su *Cancionero*:

> pero si alguna vez yo río o canto,
> lo hago porque no tengo sino una
> manera de ocultar mi triste llanto[15].

La sentimentalidad romántica convirtió la sonrisa encubridora en un tópico. Así Espronceda en su "Canto a Teresa" y en *El estudiante de Salamanca*[16]. En su rima XLIV Bécquer era capaz de desentrañar las verdaderas emociones de la mujer:

> ¿A qué fingir el labio
> risas que se desmienten con los ojos?

---

14. En una carta fechada en la cárcel madrileña de Conde de Toreno el 11 de marzo de 1940 le escribe a su esposa: "No vale ponerse triste, Josefina, pensando en una vida anterior más feliz. Se debe vivir con alegría siempre, cuando no se ha perdido la esperanza de recobrar la felicidad pasada, y ni tú ni yo la hemos perdido. Hacer lo contrario, entristecerse por todo lo que le recuerda a uno algo mejor, es perder fuerzas hasta agotarse en una lucha estéril con uno mismo, con el aire, con nada. (...). No digo yo que te pases la vida a carcajadas. Pero la felicidad nuestra de mañana depende de saber y querer resistir todas las cosas malas de hoy". Y en otra carta de 27 agosto de 1940 desde la misma cárcel le dice: "El día que salga lo celebraremos con lo que haya, y si no hay nada, diremos aquello: "Venga juerga y alegría,/ que aquí se canta y se baila/ con la barriga vacía". Conviene recordar que en enero de 1940 el poeta había sido condenado a muerte, pero Hernández había ocultado la noticia a su esposa.

15. Francesco Petrarca, *Cancionero*, traducción de Ángel Crespo, Barcelona, Ediciones B, 1988.

16. "Yo escondo con vergüenza mi quebranto,/ mi propia pena con mi risa insulto,/ y me divierto en arrancar del pecho/ mi mismo corazón pedazos hecho" ("Canto a Teresa"). "Su pena en su pecho profunda escondió/ y dentro en su alma su llanto tragando/ con falsa sonrisa su labio vistió" (*El estudiante de Salamanca*).

Y en la rima XLIX ponía nombre a la sonrisa:

Luego asoma a mi labio otra sonrisa,
máscara del dolor,
y entonces pienso: —Acaso ella se ríe,
como me río yo.

Ciertamente, Miguel Hernández tuvo muchas ocasiones en su vida para usar la sonrisa como fachada tras la que esconder una angustia interior. Incluso el tema de la pena es referencia obligada, casi central, en el análisis de su poesía, hasta el punto de que la identificación abusiva entre el sujeto lírico y el autor ha reafirmado aún más la imagen de poeta doliente, torturado por funestas congojas[17]. Algunos de sus poemas muestran esta sonrisa que oculta el llanto. En el soneto 10 de *El rayo que no cesa* se presenta el poeta entre "penas", "cavilaciones" y "naufragios", transitando una "noche oscura" y buscando en el "amor" una "tabla" de salvación. Y concluye:

Eludiendo, por eso, el mal presagio
de que ni en ti siquiera habré seguro,
voy entre pena y pena sonriendo.

Y con la misma motivación, el poema "Mi sangre es un camino" muestra su iracundo y violento impulso carnal insatisfecho. Y ante la mujer que pone cadenas a esa sangre indomable clama:

Atiende, atiende
a mi desesperado sonreír,
donde muerdo la hiel por sus raíces
por las lluviosas penas recorrido.

Intentando cancelar el reclamo irracional del dolor, la pena hernandiana se recubre de un decepcionado velo de sonrisa pudorosa que disfraza la intensidad dramática del sufrimiento.

17. Repetiré de nuevo que no se trata de negar el componente autobiográfico presente en la poesía amorosa de Miguel Hernández, sino de establecer su verdadera naturaleza, diferenciando vida *vívida* y artificio literario.

Maternidad, paternidad: la alegría de ser padres

Si hemos de buscar un grupo de poemas en la obra hernandiana en los que la alegría y la risa cobran la intensidad del estremecimiento, habremos de situarnos en la época de madurez. Son los que tienen que ver con la maternidad y la paternidad, con los hijos. Miguel Hernández escribió en la *Elegía* a Federico García Lorca:

> verdura de las eras,
> ¿qué tiempo prevalece la alegría?

Pero lo cierto es que también pudo haber aplicado estos versos a su propia circunstancia familiar. El nacimiento de su primer hijo, Manuel Ramón, en diciembre de 1937, aquella inmensa alegría que se anunciaba en la "Canción del esposo soldado", es evocado en el poema "19 de diciembre de 1937", dedicado a la madre, en el que incluso el llanto encuentra en la alegría su causa:

> Ríe, porque eres madre con luna.
> (...)
> Ríe, que todo ríe: que todo es madre leve.
> (...)
> Vienen rodando el hijo y el sol. Arcos de anhelo
> te impulsan. Eres madre. Sonríe. Ríe. Llora.

Y en cuanto al padre, en otro poema sin título manifiesta su júbilo en aquella fecha del nacimiento, una alegría no comparable a nada de este mundo:

> Fue una alegría de una sola vez,
> de esas que no son nunca más iguales.
> (...)
> Fue una alegría que dolió de tanto
> encenderse, reírse, dilatarse.
> (...)
> Fue la primera vez de la alegría,
> la sola vez de su total imagen.

Por desgracia el niño murió con solo diez meses de vida y la "alegría de una sola vez" acabó siendo "una tristeza para siempre, / porque apenas nacida fue a enterrarse". Y sin embargo, intentando superar el dolor, el pro-

pio padre se corrige en otro poema del ciclo del *Cancionero y romancero de ausencias*:

No vale entristecerse.
La sombra que te lo ha dado,
la sombra que se lo lleve.

Aunque la tristeza por la muerte de Manuel Ramón aparece constantemente en el *Cancionero* como una herida abierta, el recuerdo del hijo mantiene las notas amables y tiernas de una vida inocente, entre las que destaca, por supuesto, la risa del niño:

niño que sólo supo reír, tan largamente,
que solo ciertas flores mueren con tu sonrisa ("A mi hijo").

Hernández canta también la alegría del nacimiento y del crecimiento del segundo hijo. En enero de 1941, cuando el niño cumplía dos años ("Con dos años dos flores"), escribió el padre, en el penal de Ocaña, un poema para la ocasión, al que pertenecen estos versos:

Herramienta es tu risa,
luz que proclama
la victoria del trigo
sobre la grama.
Ríe. Contigo
venceré siempre al tiempo
que es mi enemigo.

Es la risa redentora que ejerce sus propiedades salvíficas, como en el poema de Neruda:

Niégame el pan, el aire,
la luz, la primavera,
pero tu risa nunca
porque me moriría. ("Tu risa", *Versos del Capitán*, 1952)

Años antes de que el chileno escribiera estos versos, Miguel Hernández, en la cárcel de la calle de Torrijos en Madrid, ya le había escrito a su hijo Manuel Miguel, en septiembre de 1939, unas coplillas con las que burlar la amenaza del hambre de posguerra en el pueblo alicantino de Cox. Son las que

después se han llamado "Nanas de la cebolla"[18]. Poema de amargura y desconsuelo, se ha dicho a veces, pues encuentra su cimiento en una triste experiencia vital: la cárcel, la separación de la familia, el hambre. Pero su sentido profundo nos lleva lejos del melodrama fácil, nos eleva (de ahí las frecuentes imágenes del ave y las alas) hacia una deseada vida radiante y risueña del hijo. Por eso la risa ocupa el poema en toda su extensión y lo convierte en un texto consolatorio.

Ríete, niño,
que te tragas la luna
cuando es preciso.
Alondra de mi casa,
ríete mucho.
Es tu risa en los ojos
la luz del mundo.
Ríete tanto
que en el alma, al oírte,
bata el espacio.
Tu risa me hace libre.
Corazón que en tus labios
relampaguea.
Es tu risa la espada
más victoriosa.
(...)
Ríete siempre.
Siempre en la cuna,
defendiendo la risa
pluma por pluma
(...)
Al octavo mes ríes
con cinco azahares...

Los versos de "Nanas de la cebolla" son una llamada a la alegría, al optimismo en medio de la calamidad. El padre encuentra en la risa vívida del hijo un motivo para olvidarse de su propia desgracia. La pérdida del paraíso de su infancia, que vincula con la risa (como hizo Freud), le mueve a escribir:

18. Miguel Hernández envió el poema a Josefina en carta de 12 de septiembre de 1939.

Desperté de ser niño:
nunca despiertes.
Triste llevo la boca:
ríete siempre[19].

De modo que habría que reinterpretar la intención del autor expresada a su esposa por carta: "para que lo consueles te mando estas coplillas que le he hecho". En realidad la consolación recorre el camino inverso y es el propio poeta quien redime sus penalidades carcelarias a través de la risa del niño, continuamente reclamada, porque "¿quién encierra una sonrisa?", como escribió el poeta en "Antes del odio".

Después de todo lo que llevamos dicho se comprenderá fácilmente el estado de abatimiento de Miguel Hernández cuando escribe en prisión "Eterna sombra", uno de sus últimos poemas. Puede decir "precipitado en la sombra me veo" y otros versos cargados de negruras abisales. Pero sabiendo lo que sabemos, con solo leer el verso 17 tenemos retratada el alma del poeta a estas alturas de su vida. El mismo hombre que escribió cuatro años antes "Se levanta la risa", escribe ahora: "Falta el espacio. Se ha hundido la risa". Pero aun así será capaz de rematar con este verso: "¡Dejadme la esperanza!".

Y al final, un hombre alegre

Cierto es que en la poesía primera de Miguel Hernández hay mucho de mímesis tardo-romántica. Aún no ha encontrado el poeta un camino propio que le permita trascender la tradición, amoldarla a su propia y original escritura. Pero si consideramos que el uso poético de la risa y la alegría recorre todas las etapas de su producción literaria hasta sus últimos versos, acaso hayamos de concluir que hay en el autor algo más que una mera dependencia de unos modelos leídos y admirados. Hay una inclinación natural hacia este motivo literario, hasta el punto de que podríamos buscarle acomodo entre los mitos poéticos de Hernández de que hablaba Marie Chevalier (la sangre, la agricultura de la muerte...)[20]. Un mito personal que nace, sin duda, de la afirmación de su propia naturaleza alegre y risueña. Una manera de ser que, al fin, le sirvió para conjurar la tristeza en momentos difíciles y para encarar con entereza las circunstancias de dolor que remataron su vida.

19. Resulta muy significativo que el niño condenado a la yunta y al arado en "El niño yuntero" aparezca "masculinamente serio". Tiene un alma "vieja ya y encallecida" y "cada nuevo día es/ más raíz, menos criatura". A pesar de tener edad de niño, la risa le es ajena, pues ha sido despojado de su infancia.
20. Marie Chevalier, *Los temas poéticos de Miguel Hernández*, Madrid, Siglo XXI, 1978.